

Explotación infantil

Araceli Damián*

El trabajo infantil es tan viejo como la humanidad misma. Diversos estudios describen la forma como se ha dado la explotación de menores en los distintos modos de producción. Gianni Toti (*Tiempo libre y explotación capitalista*, Ediciones de Cultura Popular, 1975), citando al historiador griego Sículo, describe cómo los niños (junto con hombres, mujeres y ancianos) eran explotados de sol a sol en el periodo esclavista en las minas de oro y plata en Egipto, Etiopía y Arabia: “sin importar la edad, todos son espoleados a seguir adelante a fuerza de flagelo hasta que, oprimidos por la enormidad de los males, expiran bajo la fatiga”.

La literatura que se refiere al trabajo infantil en el periodo feudal es poco crítica, al asumir como “normal”, como algo propio de la forma de producción, la explotación infantil. La suerte que corría la familia era compartida por los menores: largas jornadas laborales durante la época de siembra y cosecha. Los niños participaban tanto en el trabajo “productivo” (en el campo o talleres), como en el doméstico.

De acuerdo con el historiador británico E.P. Thompson la transición entre el periodo precapitalista y el capitalismo puro se caracterizó por una profunda transformación de las formas de uso del tiempo en torno al trabajo. La fuerza de trabajo estaba acostumbrada a guiarse por los tiempos de la naturaleza y tuvo que ser obligada a ajustarse a los tiempos de la producción mecanizada. Se requería concentrar a los trabajadores durante un número determinado de horas y someterlos al ritmo de la máquina.

La escuela fue una de las instituciones utilizadas para “acostumbrar” a la fuerza de trabajo a los nuevos ritmos industriales. Thompson afirma que los niños pobres eran enviados a las “casas de trabajo” desde la edad de cuatro años. Ahí debían ser empleados en la manufactura y recibir educación dos horas diarias. A la edad de seis o siete años, los menores debían haberse “habituado, por no decir naturalizado al trabajo y la fatiga”

Los llamados talleres del sudor que proliferaron en la revolución industrial (fábricas que carecían de aire, luz y en las que se trabajaba hasta dieciséis horas diarias)

empleaban a niños también. El capitalismo, afirma Toti, estaba hambriento de tiempo de trabajo, no sólo de manera genérica, sino de tiempo joven.

Las atrocidades cometidas contra los niños en esos talleres fueron denunciadas. Por ejemplo, una encuesta realizada en las fábricas Inglesas en 1831 describe la violencia con que eran explotados. Toti reproduce parte del reporte presentado: “En algunas fábricas –denunciaba la encuesta– pocas veces pasa una hora sin que se oigan los gritos de los niños golpeados. Y a menudo sucede que sean los propios padres los que pegan a sus hijos para evitarles castigos todavía más brutales. Los muchachos son golpeados con el *bill roller*, una barra de hierro pesada, y es frecuente el caso de muchachos que se deslizan muertos de sueño bajo las máquinas, quedando horriblemente mutilados. Para mantener despiertos a los muchachos durante las largas horas de trabajo se les da con el látigo. El látigo es parte corriente de los instrumentos esenciales para el desarrollo de la producción.”

En 1834 se prohibió el trabajo de los menores de nueve años (con excepción de los talleres de seda que requerían las pequeñas manos ágiles infantiles) y se limitó la jornada laboral a nueve horas para los que tenían entre nueve y trece años de edad, y a doce horas para los de catorce a dieciocho años. Fue hasta 1933 que se estableció en la Gran Bretaña la edad de 12 años como la mínima para trabajar (en la actualidad 13).

Actualmente prevalece la idea que el trabajo infantil es exclusivo de los países en desarrollo. Se cree que éste se da donde persisten formas tradicionales de producción (como en el campo) o donde la pobreza está generalizada. Por el contrario, se piensa que en los países desarrollados el trabajo infantil es casi inexistente, y que cuando se da tiene un propósito educativo. Quienes suponen lo anterior afirman que los hogares en estos países han alcanzado un mínimo de bienestar, y que cuando los recursos son insuficientes pueden recurrir a los programas de apoyo monetario. Ello supuestamente inhibe la participación laboral de los menores.

No obstante, el trabajo infantil hoy en día se presenta de manera extensa en los países desarrollados, como la Gran Bretaña, cuna del capitalismo. Así lo

confirman una serie de estudios recientes. Por ejemplo, Sandy Hobbs y Jim McKechnie (*Child Employment in Britain*, The Stationery Office, Escocia, 1997) realizaron una investigación en los noventa en la Gran Bretaña y Escocia sobre la participación infantil de los menores de entre 13 y 16 años de edad. Este rango de edad corresponde a la edad mínima legal para trabajar (13), y la obligatoria para continuar en la escuela (16). Una de las conclusiones de Hobbs y McKechnie es que la mayoría de los niños en Gran Bretaña y Escocia se involucran en alguna forma de trabajo remunerado antes de llegar a los 16 años.

A pesar de la amplia legislación que intenta proteger a los menores, los autores denuncian que la mayoría de ellos trabaja sin permiso (que debe ser presentado por los padres y aprobado por las autoridades locales y escuelas), están expuestos a accidentes de trabajo sin tener garantizada una compensación (al repartir periódicos, trabajar en cocinas, etc.), muchos trabajan más de medio tiempo (máximo legal permitido para los de esa edad) y no tienen ningún poder de negociación. Denuncia que las autoridades están más apegadas a los intereses del capital. Desde el gobierno "laborista" algunas voces piden que se permita que quienes no obtengan buenos resultados en la escuela, trabajen tiempo completo a partir de los catorce años.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx